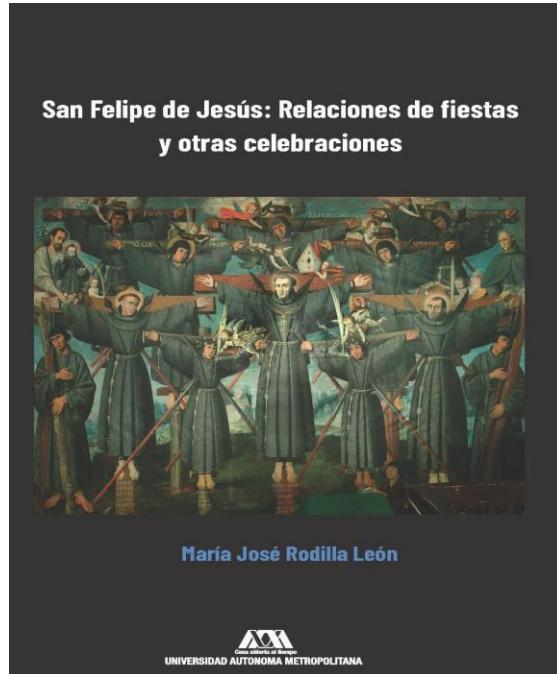


Rodilla León, María José. *San Felipe de Jesús: Relaciones de fiestas y otras celebraciones*. Biblioteca Signos. México: Universidad Autónoma Metropolitana (Iztapalapa), 2025. ISBN:978-607-28-3483-5. 299 pgs.

Reviewed by: Antonio Cortijo Ocaña
University of California



La cultura medieval y del temprano renacimiento no puede entenderse sin atender a la práctica del culto a los santos. Su valor y testimonio como modelos e intermediarios no sólo da cohesión a la identidad de muchos lugares por toda la geografía europea (en el norte de Europa hasta el advenimiento del protestantismo) y americana, sino regula desde su patrocinio la fábrica social mediante las cofradías y confraternidades adscritas a los mismos y que afloran por doquier en especial a partir del siglo XIII. Santos patronos y protectores son hombres y mujeres de vida ejemplar cuya acción se deja sentir en las comunidades incluso después de su fallecimiento. Tan imbricada esta su historia con la cultura de este período que algunos autores proponen leer la literatura del periodo en clave hagiográfica (Á. Gómez Moreno, *Claves hagiográficas de la literatura española*, Madrid, Iberoamericana, 2008). Ya en la temprana modernidad, amén de éxitos editoriales como los *Flores sanctorum*, géneros como el teatro desarrollaron al amparo de los santos todo un género hagiográfico que sirvió de ayuda catequizadora en las Américas; también floreció el subgénero de las comedias hagiográficas, en el que participaron todas las plumas de más renombre del momento, en particular Lope de Vega, y que fue de entre los más afamados del momento, dando incluso pábulo a críticas por su exageración de “efectos especiales” (A. Cortijo Ocaña & S. Poot Herrera, *Francisco de Acevedo. El peregrino de Dios y patriarca de los pobres*, Madrid, Palas Atenea, 2019). En América, como antes había ocurrido en otras tierras por donde el cristianismo se fue expandiendo, fue también importante crear un elenco de santas y santos americanos en torno a los cuales se pudiera concitar el fervor de las gentes.

María José Rodilla León se embarca en un estudio pormenorizado y exhaustivo del “santo” americano y criollo novohispano Felipe de Jesús, mártir del Japón a fines del siglo XVI junto con una veintena de compañeros y patrono de la Ciudad de México desde 1629 (mártir y beato primero en 1629, y santo desde 1862). Como se indica en el prólogo, “después de un proceso colectivo de

beatificación, en Nueva España, Felipe fue separado de sus demás compañeros mártires para convertirse en un símbolo de la identidad urbana de varias corporaciones (los plateros, el cabildo urbano y las provincias de los franciscanos descalzos y calzados), de un monasterio de monjas capuchinas que se puso bajo su protección y de la misma capital del virreinato, que lo consideró uno de sus santos patronos". La autora nos indica que el verdadero propósito de su obra, amén de un excelente estudio introductorio, es la edición de cuatro relaciones de fiestas: dos sevillanas, de 1628, con motivo de la beatificación de los veinticuatro mártires del Japón, y dos de la Nueva España, una del presbítero Diego Ribera, de 1673, hecha para la dedicación del templo de san Felipe de Jesús, y la última una relación de fiestas, que llama la atención por haber aparecido en el *Diario de México*, el 7 de febrero de 1807.

Antes de las ediciones de las cuatro relaciones de fiestas, principal objetivo de esta obra, se nos ofrece un exhaustivo contexto sobre la vida del santo, los milagros y leyendas que se le atribuyen, el martirio que padeció en Japón, las procesiones que se le brindaron, las reliquias que se obtuvieron y trasladaron a la Nueva España, los sermones que lo tuvieron como *thema* y las relaciones y certámenes poéticos celebratorios por su beatificación. Se incluyen además dos anexos: uno que trata de la trascendencia del santo desde la época novohispana hasta nuestros días tanto en la República Mexicana y en la Ciudad de México como en el Japón. El segundo contiene las fechas más importantes relacionadas con el santo, su familia, su beatificación y su canonización.

Felipe de las Casas Martínez o san Felipe de Jesús fue un fraile franciscano que nació en la Ciudad de México el 1 de mayo de 1572 o 1575 y murió martirizado (crucificado con argollas y atravesado con tres lanzas) en Nagasaki, Japón, el 5 de febrero de 1597. Su beatificación se celebró el mismo día en 1629, aunque la bula de beatificación *Salvatoris, Domini nostri* es del 14 de septiembre de 1627. Sobre el mismo escribieron el Padre José Pichardo de la Congregación del oratorio de san Felipe Neri, autor de la *Vida y martirio del protomártir mexicano San Felipe de Jesús de las Casas, religioso del hábito y orden de San Francisco de Manila*, el Padre Francisco García de la Compañía de Jesús, en el suplemento al *Flos sanctorum* de Pedro de Ribadeneira, y, por supuesto, su biógrafo, Baltasar Medina, quien fuera comisario y visitador de la provincia de san Gregorio de Filipinas, fuente en gran medida de la autora del libro. Fue estudiante en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de teología y gramática y también destacó en las manualidades y artesanías de plata. Tras una juventud en que ocupó su tiempo "satisfaciendo los ardores de su apetito y gastando gran parte de su caudal en pasatiempos y bizarriás de mancebo", fue soldado en el tercio de Manila hasta que el 22 de mayo de 1594 entró a la orden franciscana, en la Santa Provincia de san Gregorio de Filipinas, en Manila. En este año el emperador pronunció la primera sentencia en Osaka contra todos los religiosos, además de emitir un mandato para el gobernador Xibunojo de que matase a todos los cristianos que se acercasen a las casas de los religiosos. Fueron llevados a la cárcel pública de Meaco, a fines de diciembre, los doce que había en la iglesia de la Porciúncula, los siete que llegaron del convento de Osaka, más tres de la Compañía de Jesús.

Tanto en Manila como en Macao y Goa se hicieron procesiones por los martirios; se compusieron versos en su honor y se pintaron unos lienzos de los mártires para ser llevados a la Nueva España y a España, así como se distribuyeron las reliquias para sanar a los enfermos. Los cuerpos de fray Felipe y de fray Pedro Bautista, según el grabado de Montes de Oca, fueron descolgados furtivamente por los agustinos fray Mateo de Mendoza y fray Diego de Guevara, ayudados por japoneses, a quienes pagaron 10 reales. Más tarde, el P. Mateo de Mendoza los colocó en dos cajas de madera labradas y en el mes de abril de 1597 fueron llevados junto con otra "caja con pedazos de los hábitos, carnes, astillas de las cruces y otros instrumentos del martirio de los

protomártires del Japón” al convento de san Agustín, en Manila, donde se hizo una solemne procesión.

La sociedad novohispana encontró en san Felipe de Jesús a su primer mártir de Japón, a su primer beato y a un nuevo patrono de la Ciudad de México. Su beatificación tuvo lugar el 14 de septiembre de 1627 por Urbano VIII (cuyo pontificado fue entre 1623 y 1644), pero se celebró en México el 5 de febrero de 1629. Además de ser patrono del gremio de los plateros, porque se dice que fue aprendiz de platero, se le consideraba protector contra terremotos, sobre todo en Colima, al igual que a san Felipe Neri, Francisco de Borja y Vicente Ferrer; y contra tempestades y fuertes lluvias por haber sufrido él mismo una tempestad en un navío que le desvió inopinadamente a las costas de Japón.

María José Rodilla estudia a continuación los pormenores de la construcción hagiográfica de los relatos martiriales de santos--héroes a lo divino y campeones o soldados de Cristo--, la manifestación de prodigios mediante profecías, visiones o milagros que acompañan sus vidas como una especie de galardón que Dios les otorga en premio de su fe, de la observancia de las reglas o de la serenidad y valor que demuestran al morir, considerando el martirio como la emulación de la pasión de Cristo. El relato martirial de san Felipe de Jesús se centra en la ejecución y los episodios desencadenantes de la misma y desarrolla “los motivos típicos de las Pasiones: persecución, introducción del héroe, arresto, interrogatorio, tortura, ejecución, milagros, veneración”.

De acuerdo con las cuatro formas hagiográficas tradicionales que propone Gómez Redondo (pasiones, vidas, traslaciones y milagros, adaptadas a partir de los esquemas genéricos medievales en que se presentan los materiales didácticos, exempla, sermones, y los ficticios, sueños y profecías), para la autora son de especial relevancia las *pasiones*, en las que “aparte de la vida del santo y la forma en que murió, se amplían las circunstancias de su persecución y los tormentos que padecieron, con el propósito de ‘intensificar las *passiones*’”. En el caso de san Felipe, se trata de una autoría colectiva no solo por la tradición oral, sino que se aducen además cartas de los mártires, que escribieron a otros religiosos camino de Nagasaki, y testimonios de testigos que se encontraban en el puerto: portugueses, castellanos, religiosos de otras órdenes que presenciaron el martirio y luego recogieron sus reliquias. Dichos testimonios de cartas y preguntas a testigos fueron recopilados por fray Matías de Gamarra y permiten reconstruir todo el periodo de los franciscanos en Japón, desde el primer embajador de Filipinas, fray Juan Cobos, los cuatro embajadores al mando de fray Pedro Baptista, que luego fueron mártires, y el martirio de los de su orden y los veinte japoneses, ya que, en ningún momento alude a los tres jesuitas.

La promoción del patronato de San Felipe de Jesús se lleva a cabo desde el convento de san Diego de los Descalzos de san Francisco. Se pide que se haga fiesta perpetuamente el domingo infraoctavo al día de su martirio y se dan cien pesos de oro común cada año para la misma y que se realicen “todas las demostraciones de Máscaras y demás regocijos que parecieron conducentes a el acto de la dicha Celebración”. El escribano Juan Ximénez de Siles va a Madrid como procurador de la Nobilísima Ciudad de México para pedirle al rey que, por la devoción que se le tenía a fray Felipe de Jesús, se hiciera fiesta de tabla, cosa que consiguió. El rey dice mediante cédula que asistirán a la fiesta la Real Audiencia, el Tribunal de Cuentas, Oficiales reales y demás ministros y el virrey, tal y como lo hacen en las festividades de san Gregorio Taumaturgo y Santa Rosa de Santa María, Patronos de la Ciudad de México. Con estos precedentes tan favorables, el 6 y el 13 de septiembre de 1690 se pide informe sobre la representación del Deán y Cabildo de México para que la festividad de san Felipe de Jesús sea fiesta de tabla. El 9 de octubre de 1691 se dice que conviene que sea de tabla la del apóstol san Pedro, pero no la de san Felipe. A

comienzos del XVIII, desde 1703, sabemos por el diario de Robles que se celebraba su fiesta con toda solemnidad, con la asistencia del virrey, la Real Audiencia, ciudad y Tribunales. Desde 1715 contamos con varias actas de cabildo en las que se promueve la canonización del mártir de Japón. Los restos del santo fueron llegando en sucesivos viajes y se hallan dispuestos como reliquias en varios conventos de la Nueva España:

En su capilla de la catedral se hallan dos huesos del santo en un viril de plata, entre vidrieras de cristal, que se saca el 5 de febrero para que lo besen los fieles; en la iglesia de Santo Domingo, una astilla del madero en que fue crucificado comparte el relicario con dos tesoros sacros: un pedazo de ayate donde se imprimió la imagen de la virgen de Guadalupe y un hueso de santa Rosa de Lima; en el convento de san Francisco, hay “un hueso pequeño colocado en el pecho de una Imagen de talla del mismo Santo, con un cristal que permite su vista” y una tuniquilla en el altar mayor que perteneció al Santo; en el convento de la Puebla, hay un hueso que parece de la rótula; en el de Santiago Tlatelolco hay otro hueso y una cruz pequeña hecha de la misma madera del martirio; en el convento de san Jerónimo, un dedo pulgar “entero con carne, uña, y dos coyunturas, y aunque algo corrugado no le falta nada para su composición natural, mostrándose la color algo apagada”; en Nuestra Señora de los Remedios, se venera un lienzo en el que se recogió parte de la sangre que derramó en la Cruz y la otra mitad del lienzo la mandó fray Payo Enríquez de Ribera al templo de Capuchinas, cuyo titular es san Felipe; otro pequeño hueso se conserva en un relicario con vidrieras en el Convento de Nuestra Señora de Tecaxique, en el valle de Toluca; en el de santa Bárbara de Puebla, donde fue novicio, hay un pedazo de cutis que le quitó fray Gerónimo de Jesús cuando estaba en la cruz y, por último, en el convento de san Diego, en el altar consagrado a otro de los mártires, san Francisco Blanco, hay otro pequeño hueso de san Felipe junto con varias reliquias de sus compañeros de martirio, sobre todo, de san Pedro Bautista, de san Pedro Suquexico, de san León Karasumara y de san Buenaventura Dojiko. (152-153)

Una nueva iniciativa, infructuosa, para su canonización data de 1786. María José Rodilla continúa listando los sermones sobre el santo en el siglo XVII, importantes por cuanto en ocasiones al imprimirse servían de pequeñas y económicas hagiografías, destacando, entre muchos de los motivos que aparecen en los mismos, el del lugar que ocupó el santo en medio de todos los mártires crucificados, y el número de lanzadas que recibió, superior al del resto. Como concluye la autora, “a fines del XVIII se acrecienta la afluencia de sermones, sin duda para mantener viva la petición de canonización” (156), y, amén de los novohispanos, se pronunciaron sermones en Sevilla y Madrid, publicados como pliegos sueltos, así como en ambas orillas se vendieron medallas, rosarios, estampas, e hicieron colectas en novenas y rifas, todas tendentes a mantener viva la memoria del santo y coadyuvar a los gastos de petición de su canonización. Ya más cercanos a la fecha de la misma, el 5 de febrero de 1843 se publica un poema de Mariano Aniceto de Lara en el *Diario del gobierno de la República Mexicana* en el que se solicita al santo que interceda por su patria.

Sigue María José Rodilla estudiando los diferentes santos y advocaciones marianas que sirvieron de protectores y patronos de la Ciudad de México, en muchas ocasiones impuestos por las diferentes órdenes religiosas, hasta culminar con la Virgen de los Remedios y la Virgen de Guadalupe. Y continúa con las procesiones a favor del santo, desde la primera de 1629, con motivo de su beatificación.

El último capítulo de la Introducción se dedica al estudio de las *Relaciones* de fiestas y certámenes poéticos, género epidíctico, donde

se da cabida a las historias bíblicas y a la mitología, a las que se acude para elaborar comparaciones, tanto en los sermones como en los certámenes; al elogio a la ciudad donde nació y cuyos habitantes rinden culto al santo; a la biografía del mismo, que contempla a su familia, su educación, su infancia, sus oficios, o bien a algún hecho notable de su hagiografía que puede proponerse como tema en el certamen. En cuanto a la retórica, además de las comparaciones bíblicas o mitológicas, abunda la hipérbole para referirse a las cualidades del santo y sobre todo, para poner de relieve el sufrimiento y el valor sobrehumano del que hacen gala los mártires. (73)

Las relaciones que se editan son la *Breve Relación de la plausible pompa y cordial regocijo con que se celebró la dedicación del templo del ínclito mártir San Felipe de Jesús, titular de las religiosas capuchinas, en la muy noble y leal Ciudad de México*, del bachiller y presbítero Diego de Ribera (1630-1688), “poeta excelente, cantor de la Ciudad de México y su laguna; amigo de sor Juana, ganador de varios premios en certámenes poéticos y autor de relaciones de fiestas novohispanas” (74), como dedicación de la iglesia de las capuchinas el 11 de junio de 1673. Otra relación de fiestas publicada en el *Diario de México*, con motivo de la beatificación del protomártir del Japón San Felipe de Jesús el 7 de febrero de 1807, de Jorge Simir Eduajavea, con la “procesión, los fuegos de artificio, la música de viento en las azoteas y una máscara por la tarde”, para promover la canonización de San Felipe de Jesús. Sigue a continuación la *Relación en que se da cuenta de las grandiosas fiestas que en el Conuento de N.P.S Francisco de la Ciudad de Seuilla se an hecho a los Santos Martires del Iapon* (Sevilla: Pedro Gómez, 1628), poema en octavas de Ana María Caro de Mallén (1590-1646 o 1650), la archifamosa dramaturga conocida como la “décima musa sevillana” entre sus contemporáneos, por la fiesta de la beatificación de los 23 mártires del Japón celebrada en el gran Convento de los franciscanos de Sevilla. La de Juan de Acherreta Osorio, *Epítome de la ostentosa y sin segunda fiesta que el insigne y real convento de San Francisco de Seuilla hizo por ocho días a honra de los gloriosos 23 protomártires del Japón hijos de la primera y tercera Regla del Serafín de la Iglesia* (Sevilla: Pedro Gómez de Pastrana, 1628).

Debe consignarse, como hace la autora, que también se celebraron fiestas por la beatificación en Baena (del granadino Gabriel d’Arriaga, *Relación verdadera de la Solemne octava y devotísima y grandiosa procession. Y fiestas que la seráfica familia del glorioso Padre S. Francisco ha celebrado a la ilustre canonización de los 23 gloriosos Mártires, seis religiosos Franciscos Descalços y diez y siete Iapones domésticos, y conuertidos suyos, y coadjutores en la predicación del verdadero Evangelio, que nuestro muy santo Padre Urbano VIII, canonizó y dio por verdaderos mártires a 19 de Julio dese presente año de 1627, la qual cierto Cortesano embió a un su amigo ausente, Montilla, 1628*) y Andújar (de M. D. Francisco del Villar, *Relación de la fiesta que celebró el muy observante Convento de san Francisco de Andújar, al glorioso san Pedro Bautista y sus compañeros, primeros mártires del Japón*, de 1628). A ello han de sumarse dos más: la del predicador y comisario del Japón, fray Diego de san Francisco, que padeció cárceles en Japón por las conversiones, *Relacion verdadera y breve de la persecucion y martirios que padecieron por la confession de nuestra santa Fee Catholica en Iapon, quinze religiosos de la Prouincia de S. Gregorio, de los Descalços del Orden de nuestro Seraphico P. S. Francisco de las Islas Philipinas. Adonde tambien se trata de otros muchos martires religiosos de otras Religiones*,

y seculares de diferentes estados. Todos los cuales padecieron en Iapon desde el año de 1613 hasta el de 1624; y la esperada Descripción de la fiesta celebrada en Roma con motivo de la canonización de San Felipe de Jesús y demás mártires del Japón (1862), de monseñor Félix Dupanloup, obispo de Orléans.

Las relaciones de fiestas (tan sabiamente compiladas y traídas a la atención de los estudiosos hace ya mucho tiempo por Alenda y Mira) hablan del boato de una sociedad que convive con la imagen y la escenificación del poder. A este efecto de aglutinación y creación de identidades públicas y privadas, se une en este libro de María José Rodilla el estudio del valor que se otorga a la creación de patronatos santos de cofradías, religiones y ciudades y a los textos hagiográficos como constructores de la comunidad de vivos y santos. Y en este excelente libro todo ello gira alrededor de un santo mexicano, patrono de la Ciudad de México, san Felipe de Jesús, protomártir del Japón, cuya beatificación y canonización sirven, entre otras muchas cosas, para aglutinar las inquietudes, ansiedades e identidades personales, religiosas, sociales y hasta virreinales de una sociedad novohispana que lo reconoce como hijo propio. Es acierto de María José Rodilla ofrecernos la historia de este proceso y de editarla y anotarla en sus variadas manifestaciones con gran esmero y sabiduría.